

muestras selectas que prueban suficientemente con cuánto cuidado ha sido escrito. Nos queda por ver algo de su abundante vocabulario. El señor Garrido Merino parece haber seguido en la redacción de su obra el consejo que daba Banville a los poetas y que bien puede aplicarse a los prosistas cuando éstos, como nuestro compatriota, quieren hacer duradera obra de arte. "Yo os ordeno — decía Théodore de Banville — la lectura, en la mayor cantidad posible, de diccionarios, de enciclopedias, de obras técnicas que versen sobre todos los oficios y todas las ciencias, especiales, catálogos de librerías, catálogos de ventas, de museos, de todos los libros, en fin, que puedan aumentar el caudal de voces que poseáis e ilustrar acerca de su significado exacto". El señor Garrido Merino ha seguido puntualmente, a sabiendas o no, este precepto lleno de sabiduría. El arte en el libro que estamos comentando no se reduce a las bellas tiradas en que un estilista consciente y severo ha puesto el sello de su amor a la armonía, sino que se extiende a la propiedad de las expresiones, de modo tal que la primera impresión que deja el libro, de elegancia sugerente y envolvente, orquestada con sensualidad de buen tono, se ve reforzada con el examen que nos muestra cada palabra en su sitio.

Mientras leíamos hicimos una lista de algunas palabras poco empleadas en los libros contemporáneos, no porque sean anticuadas o insólitas, ni menos porque sean neologismos o extranjerismos, sino porque la generalidad de los escritores de nuestros días no se cuida de enriquecer su lengua. La transcribimos con ligeros comentarios.

Ahelear, p. 27 (Manual) (2): mezclar hiel en el agua, y por extensión hacer amarga una cosa; alebrarse, p. 74 (Manual): correr ligero al modo de la liebre; archivolta, p. 62 (Manual), término de arquitectura; azófar, p. 53 (Manual): aleación de cobre y cinc; amatividad, p. 129, (Manual): instinto del amor sexual; Mir ("Rebusco de voces castizas") trae amativo; almófar, p. 131 (Manual); parte de la armadura antigua; añascar, p. 166 (Manual): enredar, embrollar.

Carpanta, p. 114; el Manual no registra la acepción de cuerpo u organismo que se desprende del texto y que parece ser la que por analogía se acerca al "charpente" francés. Cereños, p. 72 (Manual); de color de cera; clerizón, p. 35 (Manual): mozo de coro o monacillo; cuérnagas, p. 130: el Manual trae cuérnago como cauce, acequia.

Enlustrécer, p. 18 (Manual); enmaridar, p. 20 (Manual); escamel, p. 24 (Manual): instrumento en el cual se tiende y sienta la espada para labrarla;

(1) Véase el artículo publicado el día 16 de septiembre.

(2) Donde dice Manual debe entenderse "Diccionario Manual de la Real Academia Española", publicado en Madrid en 1927.

éstame, p. 40 no lo trae el Manual.

Ginesta, p. 78 (Manual): retama; gollizo, p. 29 (Manual): garganta de un río, desfiladero; se dice también gollizno; galea (Manual): casco de los soldados romanos; el Manual lo acentúa galea.

Herrén, p. 77 (Manual): forraje; huerco, p. 131 (Manual): el que está siempre llorando, triste y retirado en la obscuridad; hopa, p. 175 (Manual): cierto vestido de los ajusticiados.

Juglara, p. 39 (Manual): juglaresa.

Lamas, p. 24 (Manual): láminas o planchas de metal; lorigón, p. 24 (Manual): loriga grande; lenzuelo, p. 174 (Manual): poco usado por pañuelo de bolsillo; en el texto, paño o ropa interior de lienzo.

Marial, p. 9, 12 (Manual): libro que contiene alabanzas a la Santísima Virgen.

Novenes, p. 24 (Manual): moneda de vellón del tiempo de Fernando II hasta los Reyes Católicos.

Otoñiza, p. 84 (Manual): otoñal.

Parleta, p. 74 (Manual): conversación de poca importancia; el señor Garrido Merino la emplea en la expresión "hacerse de parleta"; pando, p. 158 (Manual): se dice de lo que se mueve lentamente.

Refitolero, p. 53 (Manual): el encargado del refectorio; rehiletes, p. 17 (Manual): flechillas de un juego de tiro; regosto, p. 127 (Manual): apetito o deseo de repetir lo que con delectación se empezó a gustar.

Sofera, p. 132 (Manual): propensión a dormir.

Taifa, p. 24 (Manual): bandería, parcialidad; tarja, p. 17 (Manual): escudo grande que cubría todo el cuerpo; tenantes, p. 163 (Manual): en los blasones, cada una de las figuras que sostienen el escudo.

Yaciya, p. 21, 59 (Manual): lecho.

Zanfónias, p. 37 (Manual): instrumentos de música; zofra, p. 24 (Manual): especie de tapete o alfombra morisca.

El que casi todas estas palabras figuren en el Diccionario Manual de la Academia Española con acepciones que son las que generalmente ha empleado el autor, bastará para persuadir a cualquiera de que se trata de voces cuyo uso nada tiene de censurable en nuestro idioma. El señor Garrido Merino ha hecho bien al incorporarlas a su lengua porque en la mayoría de los casos ha conseguido dar a ésta la propiedad deseada y no pocas veces logra producir la impresión de la época con la deseable justeza.

Si algo hubiéramos de reparar al autor en este capítulo del lenguaje, ese algo sería el empleo de los enclíticos en los cuales se muestra pródigo y hasta exuberante a trechos. Cuando dice: "Y así, cada día un pequeño milagro. Hasta la reposera andaba celosa, pues en momentos de descanso metíase en la cocina..." (P. 93), lo que quiere es seguramente evitar la consonancia de día y se metía; pero el oído percibe la misma consonancia con enclítico o sin él, ya que en el primero de estos casos la acentuación de la palabra no ha variado con el artificio.

Lo que es reprochable del todo es el uso del enclítico cuando con él resulta una palabra sobreesdrújula: presentasela, p. 105, llenábasele, p. 137. Igualmente lo es en toda prosa pul-

cramente constituida mantener cláusulas que conservan ritmo de verso: que más de una noche durmióse sin cena, p. 43; le había ya impreso sus manchas graciosas, p. 115; en ficción de vida sobre el rostro inerte, p. 115; su invulnerable corazón voltario, p. 114. A pesar de la obra de lima que ha hecho el señor Garrido Merino, han subsistido en su libro algunas asonancias y consonancias: "Entre los frailes menores están Gerardo de Salamanca, pintor de misales; el calígrafo Remigio de Compostela, incansable copiante de códices; Hincamar de Gante, el músico..." (P. 53). También se han colado por las mallas de la criba algunas expresiones incorrectas: el empleo de arenisca, p. 51, que quiere decir roca, por arenilla (habla de los relojes de arena); el de infuso, p. 54, acaso en el sentido de confuso, por lo que señala el texto, cuando ya no se puede usar legítimamente sino con otra significación, y el llamar blanca a la Sulamita, p. 132, de la cual ya dijo terminantemente quien mejor que nadie lo sabía, que era morena (3). Y Rubén Darío lo recordó oportunamente:

O negra, negra como la que
[canta
en su Jerusalem el rey her-
[moso,
negra que haga brotar bajo su
[planta
la rosa y la cicuta del repo-
[so...
(Divagación en Prosas
Profanas).

Por el cuidado del estilo, por la selección severa de las voces, que ofrecen un opulento muestrario de matices y de tonos, de sonidos y de sugerencias, por la gracia con que maneja los resortes del idioma y también por la limpieza de alma con que acoge los milagros sin desviarlos por acción u omisión, "La saeta en el cielo" se recomienda como un libro lleno de interés y en el cual la nota artística domina. Si de Alfonso el Sabio ha podido decirse que la mano misma de la Madre de Dios, suavemente posada en su frente, le inspiró páginas tiernas y encantadoras, de nuestro autor podría aseverarse que ha vestido nuevamente de limpio la áurea leyenda y la ha ofrecido a los gustadores de la buena prosa en una colección de imágenes henchidas de poesía y de buena intención. Libros como éste son de los pocos que lee uno con recogimiento y releo con encanto, desde la primera hasta la última línea, porque nada en ellos hiere el gusto, nada desentona, y todo se halla transpasado de una gracia luminosa y sensual. Hace recordar, sin que desmerezca junto a ellos, a los mejores escritores modernos, y tiene de los antiguos la ingenuidad halagüeña y grácil, sin conservar nada de la pesadez insistente de la forma. Lo indicamos al estudio de los escritores chilenos, convencidos de que en sus páginas hallarán lecciones duraderas de estilo y decoro literarios.

(3) El texto del Cantar de los Cantares dice: "4. Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalem, como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón. 5. No reparéis en que estoy morena, porque me ha tostado el sol".